

Luego se volvía hácia lo izquierda y con acento de extrañeza se preguntaba:

—¿Por qué me siento impulsado á dirigirme hácia esa parte?..... ¡Oh!..... Allí está la cruz de la ermita, allí están mis mas queridos recuerdos, y así explica mi deseo instintivo de acercarme al lugar donde con María he sonreido y he llorado.

Quiso Andres seguir hácia el Carrascal, pero no pudo porque apenas dió algunos pasos, sintió que las fuerzas le faltaban.

—Sea lo que Dios quiera, murmuró.

Y volviéndose tomó por distinto sendero.

Andrés corrió por terrenos desiguales, y despues de media hora se encontró al pié de la cruz.

Tambien el desgraciado padre se arrodilló estampando un beso en la fria piedra y suplicando luego al Omnipotente para que le dispensase su proteccion.

Cuando hubo recobrado el aliento y dejándose siempre llevar por su instinto, siguió su marcha.

Ocultábase ya el sol.

Y el puñal relumbraba sobre la cabeza del inocente niño.

Divisó Andrés las ruinas y el barranco en cuyo fondo iba á consumarse tan horrendo crimen.

El infeliz se detuvo.

Su corazon se oprimia.

Exhaló un grito de dolor sin igual y se cubrió el rostro con las manos.

Algunos minutos pasaron sin que Andrés pudiera moverse.

Su rostro estaba lívido como el de un cadáver.

Miró á su alrededor con espanto.

¿Qué temia?

Por fin hizo un esfuerzo sobrenatural, rugió sordamente y se lanzó hácia las ruinas como impulsado por un vértigo.

A su derecha estaba el negro fondo del barranco.

A su izquierda extendíase en ondulaciones la campiña.

Escuchó sin percibir el mas leve ruido; pero algunos momentos despues llegó á sus oidos un rumor.

Empuñó su revólver y avanzó resueltamente hácia el sitio de donde partia.

Llegó á la entrada de uno de los aposentos de la ruina sa casa.

En aquel instante Braulio se arrodillaba y se inclinaba sobre el cuerpo inmóbil de la desdichada María.

Andrés creia encontrar á su hijo y encontraba á su esposa.

Creia tener que habérselas con gente desconocida, y quien estaba allí era Braulio, el amigo de su niñez.

No era posible que Andrés adivinase lo que habia sucedido, pero tampoco pudo quedarle duda de que el verdadero criminal era el hipócrita.

El primer impulso de Andrés fué matar á Braulio; pero consiguió dominarse, y sin hacer uso de su revólver mas que para amenazar, dijo con sorda voz:

—Aun no has triunfado, miserable.

Estas palabras resonaron en los oidos de Braulio como el bramido de la tempestad.

De un salto púsose el criminal en pié, y con espanto inconcebible fijó una mirada de extravío en el esposo de María.

Le tocaba su vez, y debia quedar aturdido por la sorpresa.

Contempláronse con centellantes ojos.
No puede explicarse lo que sentían.
En aquel silencio profundo, percibíase clara y distintamente el ruido de la violenta y desigual respiración de los dos rivales.

Nunca el odio se ha encendido como se encendió en sus almas.

—¡Oh! exclamó Braulio al fin. Satanás me abandona.

—En cambio Dios ha querido protegerme, dijo Andrés.

—Pero á pesar de todo, aún puedo gozar algunos minutos, aún me considero feliz..... Te aborrezco, y si mi afán no se ve cumplido, al menos quedará satisfecha mi venganza, porque te esperan sufrimientos como no los ha experimentado ninguna criatura..... Aquí tienes á tu esposa, pero.....

Interrumpióse Braulio, desplegó una sonrisa horrible, y dijo luego:

—¿Y tu hijo?

Tembló Andrés.

Sintió como si la sangre se helase en sus venas.

Iba á replicar; pero María se estremeció convulsivamente, exhaló un penoso suspiro y abrió los ojos.

La escena cambiaba.

—¡María! exhaló el esposo infeliz.

—¡Andrés! dijo ella con voz débil.

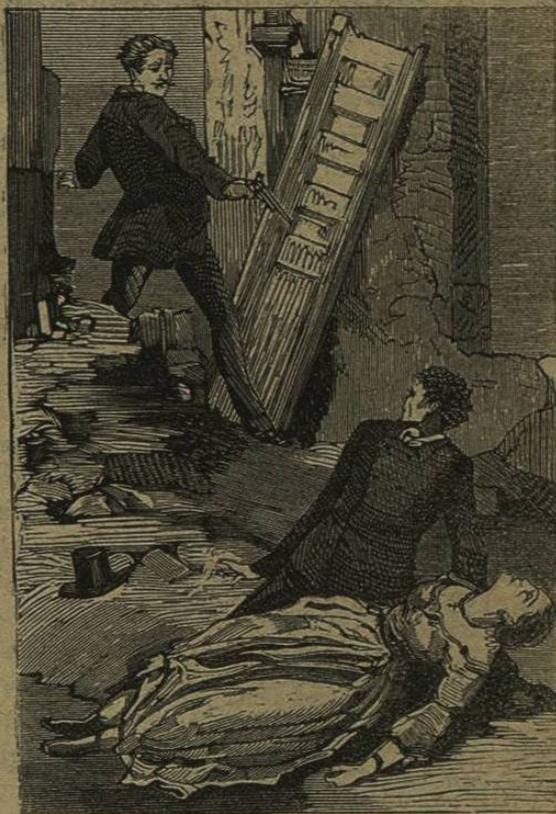
Y haciendo un esfuerzo se incorporó.

Andrés se olvidó por un momento del criminal, acercóse á la jóven y la levantó abrazándola tiernamente.

Al hacerlo así había dejado caer su revólver.

Un raudal de lágrimas corrió por las mejillas de María.

—¡Nuestro hijo, nuestro hijo! exclamó desesperadamente.
Limpio está mi honor; pero el hijo de mis entrañas ya no



Aun no has triunfado, miserable. Pág. (311.)

existe; lo he sacrificado para no hacer el sacrificio de mis deberes..... Dime que aun soy digna de tí..... He conservado la honra, pero te he privado del hijo de nuestro amor.....

—María, interrumpió Andrés con terror profundo. ¿Qué significan tus palabras?..... ¡Obl.....! Habla, disipa mis dudas horribles.....

—Mátame, Andrés, mátame si todavía me amas, porque este es el único beneficio que puedes hacerme.

Y la desdichada madre, dejándose llevar del arrebato de su dolor, retorciase los brazos, se oprimia las sienes con fuerza convulsiva y arrancaba mechones de sus negros cabellos.

—No, decia con destemplada voz, mi conciencia no puede estar tranquila, porque he dejado que asesinen á mi hijo; pero en aquellos momentos creí que antes que mis afecciones era mi deber. Yo estaba alucinada, trastornada, loca, y la mirada de ese miserable..... ¿Dónde está, dónde se oculta el asesino de mi hijo?..... Déjame que lo busque, que lo arranque el corazon y lo destroce con mis propias manos..... ¿Dónde está, dónde?

Andrés escuchaba anonadado.

No necesitaba mas explicaciones para comprender la alternativa en que habian colocado á su desgraciada esposa.

Ya no pensó mas que en la venganza.

Puesto que allí estaba el criminal, lo mataria haciéndole antes sufrir cuanto le fuese posible.

Muy poco faltaba para que cerrase completamente la noche, y entre aquellas paredes apenas se distinguian ya los bultos.

Miró Andrés á uno y otro lado.

¿Y el hipócrita?

No estaba.

GALERIA.

Habia sabido aprovechar los momentos de trastorno de sus víctimas y había desaparecido.

Quiso Andrés tomar su revólver; pero no lo encontró, porque Braulio lo había cogido y se lo había llevado.

María había conseguido salvar su honor; Braulio no había podido satisfacer sus deseos; pero el desenlace del drama no podía ser mas horroroso.

—Allí, dijo María señalando hácia el barranco, allí han asesinado á nuestro hijo.

Ambos salieron de entre las ruinas y corrieron con la velocidad y las fuerzas de su desesperacion.

Las negras tinieblas los envolvian.

La jóven continuaba lanzando gritos desgarradores.

No les quedaba mas consuelo que abrazar el frio cadáver de su hijo adorado.

¡Consuelo triste!

Cuando llegaban al fondo del barranco oyeron el rumor de algunas voces.

CAPITULO XVII.

DESENLAZE.

Dijimos ya que el sargento y los guardias se habian separado del juez, y añadiremos ahora que, alejándose poco á poco del Carrascal, encontráronse despues de una hora junto al barranco y cerca de las ruinas.

Soy tenaz, dijo entonces el sargento; hemos andado mucho; pero con poco mas llegaremos á la casa de las brujas.

Los guardias se dispusieron á obedecer; pero uno de ellos volviendo la cabeza hácia el fondo del barranco, dijo:

—Mire usted, mi sargento.....

—¡Mil rayos!..... Es verdad, corren dos personas..... ¿Qué harán por estos sitios?.....

Los guardias, tan pronto como les fué posible, bajaron al barranco; pero habian desaparecido los dos bultos.

Perdieron la esperanza, y ya iba el sargento á dar las órdenes oportunas para dirigirse á las ruinas, cuando se encontraron con otras dos personas.

Eran María y Andrés.

—¡Alto! dijeron los guardias.

—¡Mi hijo, el hijo de mis entrañas! gritó la jóven.

Andrés corrió hácia el sargento, quedando inmóvil cuando le reconoció.

En aquel momento uno de los guardias gritó:

—¡Aquí, aquí!..... ¡Lo hemos encontrado!

Todos corrieron, y junto á unos matorrales pudieron distinguir al inocente niño.

Un grito de júbilo dejaron escapar María y Andrés.

Ambos cogieron al niño disputándose la dicha de abrazarlo.

Apenas la pobre criatura reconoció á sus padres, atrevióse á gritar y dijo:

—Ese hombre quiere matarme.....

—No te matará, hijo de mi alma, dijo María.

No pudo pronunciar una palabra mas, y mientras estrechaba contra su pecho á su hijo, volvió á perder el conocimiento.

Lo que sucedió en el alma de Andrés fué inesplicable.

Entonces pudo creerse mas que nunca que iba á perder el juicio.

El llanto brotó de sus ojos.

Quiso reanimar á su esposa á la vez que acariciaba á su hijo.

Y entretanto el sargento le pedia explicaciones.

No podia explicar Andrés lo que apenas habia comprendido, pero dijo al fin:

—Hace muy poco estaba Braulio en las ruinas y no puede haberse alejado mucho.

—Pues busquemos en todas direcciones.

Y cada uno de los guardias corrió por un lado.

Diez minutos pasaron en tan angustiosa situacion.

—Aquí está, gritó uno de los guardias.

Los demas acudieron.

Andrés, sin poder contenerse, corrió tambien hácia donde resonaban las voces, encontrando á Braulio entre los agentes de la autoridad.

—No me toqueis, decia el miserable, no me toqueis y conpezaré la verdad.

—¿Dónde están tus cómplices?

—Han huido, me han abandonado y no sé si se han llevado el cadáver del niño.

—Espera, dijo entonces Andrés.

Y volvió á correr, yendo á donde estaba su hijo, tomándolo en brazos y llevándolo para que lo viese el hipócrita.

Dejó este escapar un grito de desesperacion.

—¡No ha muerto! exclamó.

—Ni siquiera está herido.

—¡Aun serás dichoso!... Oh!... Para ser dichoso has nacido, y yo para ser desdichado. Si tu hijo hubiese muerto, sufrirías mucho y yo querria vivir para gozar con tu sufrimiento; pero ahora tu gozarás y yo sufriré.

Por algunos momentos guardó silencio el hipócrita.

Luego añadió con el extravío de su trastorno:

—Satanas está en mi alma, y mi alma es de Satanás..... me ha protegido en este mundo, y yo le haré compañía en el infierno.

Y al decir esto sacó el revólver, y antes de que pudiesen evitarlo, lo apoyó en una de sus sienes y disparó.

Instantáneamente quedó sin vida.

Andrés huyó horrorizado.

—¡Mil centellas! exclamó desesperadamente el sargento; este miserable se habia propuesto burlarse de mí y lo ha con-

seguido. Cuando creí tenerlo entre las manos, se me escapó.... ¡Oh!.....

No se cuidaron ya de Andrés ni de María, ni del cadáver de Bratlio, y mientras uno de los guardias iba á la aldea para dar aviso al juez, los demas se alejaron rápidamente con el sargento.

María recobró el sentido; pero apenas podia moverse.

Ansiosamente acarició otra vez á su hijo.

Dejó que el llanto corriese en abundancia por sus mejillas.

Andrés tomó en brazos al niño, y muy trabajosamente pudieron salir del barranco.

Una hora despues María se encontraba en el lecho abrazada por una violenta fiebre.

Al rayar el dia los guardias civiles entraron en la aldea con Pepa y Manolo.

El sargento habia conseguido triunfar; pero decia que era un triunfo á medias.

Lo que despues sucedió se adivina fácilmente.

Pepa y Manolo fueron sentenciados á presidio.

A los dos meses el sargento recibia su nombramiento de alférez, y en vez de dar las gracias, dijo:

—No se hacen mas que injusticias. Esto no lo merezco, porque cometí una torpeza.

Un año pasó.

María fué madre otra vez.

Entonces el cielo quiso darle una hija.

Así se creyó la jóven sobradamente recompensada por todo lo que habia sufrido.

En cuanto á don Gaspar, no hay que decir que era el hombre mas feliz del mundo.

— La señora Juana empezó á perder la esperanza de encontrar marido.

Todavía no se ha olvidado en la aldea el negro drama que acabamos de referir, y todavía se vé por las tardes junto á la cruz de la ermita á los felices esposos que hablan tranquilamente mientras don Gaspar cuida de sus nietos para que no se los roben.

FIN.